

LA CONCEPCIÓN

Fui concebido bajo un firmamento iluminado por proyectiles y con la tos asfixiante de los lanzacohetes *katiusha* como ruido de fondo, y nací poco antes de la Navidad de aquel año que sería el último de la guerra y el primero de la paz. Uno normalmente no se entera del día exacto de su concepción, y la propia parturienta, como es sabido, suele tener a ese respecto ciertas dudas. Pero no es así en mi caso. Por razones que aclararé en breve, esa fecha (25 de abril de 1945) se grabó indeleble en la memoria de mi mamá. Y ya en el día en que le fue impuesto cargar con esa preciadísima carga, yo pesaba (poco después de la concepción) más o menos lo mismo que un pequeño anillo de oro. Y después —apenas descubrió mamá lo que había ocurrido— comenzó la etapa denominada expulsión del feto. Me adherí con dos ágiles ventosas a la húmeda mucosa, e hiciera lo que hiciera mamá, no tuvo posibilidad alguna. Sin embargo, después lo reconsideró y comenzó a arder de insaciable amor por mí. Bueno, le he perdonado ambas cosas. A pesar de ello consideré de

utilidad castigar un poquito a mamá. Y por eso decidí nacer algo antes. Prematuro.

Y ahora ya debería decir un par de palabras sobre mi padre, al cual probablemente no he visto hasta ahora, pero sobre el que, sin embargo, presumo saber más de lo que la mayoría de vosotros sabéis sobre vuestros progenitores.

El 25 de abril, ya entrada la noche, irrumpió en una pequeña casa de los suburbios de Brno una cuadrilla de soldados, y el vecino de al lado, que observaba todo oculto tras la cortinilla del ventanuco del retrete, calculó que serían unos dieciséis jóvenes. Primero saquearon la casa durante un rato y después encontraron a mamá encerrada con llave en su cuarto de soltera. La desnudaron en el porche, y un soldado se dedicaba a vigilar con el seguro del arma quitado mientras los demás se turnaban. Mamá tenía dieciséis años, así que tocó a soldado por año. Y cuando le llegó el turno también al vigilante, éste dejó el arma en el suelo y comenzó a desabrocharse los pantalones rápidamente. Sólo que mi padre fue más rápido. Y es que el vigilante se desabrochó apresuradamente los pantalones en el mismo sitio donde había dejado el arma, así que se le bajaron hasta las rodillas y se le quedaron enredados en las piernas, momento en que mi padre salió de un salto de la oscuridad, lo adelantó, se arrodilló entre las piernas de mi madre y, una vez allí, empezó a desabrocharse los pantalones a la velocidad del rayo. Y como llevaba puesto un uniforme (es decir, sólo la guerrera del uniforme que le había quitado poco antes a un soldado que había sacado de un montón de muertos que yacían no lejos de allí) y parecía por eso (sobre todo visto desde atrás) un soldado cualquiera, el que vigilaba se limitó a soltar unos cuantos tacos soeces y esperó allí, bajo el fulgor de los proyectiles y la sarta de toses de los *katiusha*, hasta que mi padre se hubo despachado, porque hay en la guerra una regla

no escrita: el que duda, no jama. Con esto no quiero afirmar que el vigilante no llegara a sacar también tajada, sólo que entonces tuvo que ceder la prioridad al que había estado más espabilado. Y es que en la conquista del corazón de una mujer el soldado está completamente indefenso y nadie le cubre las espaldas, y esta ostentosa indefensión, esto constituye algo así como una señal animal para un posible rival: un soldado puede matar a otro soldado antes o después del coito, pero debe respetar siempre la tregua coital, ese mundo aparte que dura apenas ciento ochenta segundos. Y como mi padre era muy consciente de todo esto, consiguió sacar provecho de ello.

Así que cuando se levantó de encima de mamá, desapareció de un salto otra vez en la oscuridad. Así es como me imagino yo todo aquello.

Pero cuando lo analizo más detalladamente, reconozco que intento descubrir también de qué nacionalidad era mi padre. ¿Español, portugués, indio, árabe, albanés, malayo o mexicano? ¿No sería por casualidad un mago que pasaba por allí, un poderoso hechicero vasco que vagaba, en aquellos tiempos de depósitos de cadáveres, de uno a otro confín de Europa buscando dónde colar a hurtadillas su levadura? De mi aspecto, por ejemplo, no puedo deducir nada, prevalece en él el porte de mi mamá. Y así, si la simiente de mi padre agostó hasta el último resto de semen de aquella soldadesca saqueadora, el aspecto angelical de mi mamá, por su parte, ocultó perfectamente aquello que quizás en mi rostro haya heredado de mi padre. Y la mala estrella que siempre llevo conmigo es invisible como la palabra de un libro antiquísimo, que —transparente— navega sobre las ciudades, sobre los bosques y sobre las aguas.

Todos los años, a finales de abril, por el aniversario del día de mi concepción, Brno se envuelve en el lienzo color escarlata de las banderas, y en la plaza de la Libertad y en el antiguo

palacio de Baťa tocan las bandas militares. Fui concebido al final de la guerra y cada año se me recuerda este hecho de modo festivo.

Durante años esperé algún mensaje de mi padre lanzado al viento, o al menos algún sonido repugnante, escurridizo, enviado en mi dirección. Pero parecía que se había olvidado de mí. O bien que había enviado decenas de aquellos mensajes, pero yo —a pesar de que iba dando saltos en la oscuridad y estiraba los brazos en todas direcciones— no intercepté ninguno. Sólo *dos veces* tuve la sensación de que me había faltado poco para establecer conexión con él, pero hasta el día de hoy no estoy seguro de cómo ocurrió realmente:

La primera vez ocurrió en la presa de Brno, junto a la zona recreativa de Sokolák. Fue al final de la temporada, al atardecer y tras una tormenta. Ése es el momento que más me gusta: el embalse está desierto, el enorme lago recubierto de una piel fresca, suavecita, una caja de resonancia para mis perezosos pensamientos.

Alquilé una barca, y remaba desde el embarcadero de Obo-ra hacia Sokolák cuando escuché un grito ahogado y después vi a alguien que se hundía. Un tipo se estaba ahogando, y chapoteaba que era una vergüenza, y además gritaba algo, y habría pasado de largo sin interés, cuando de repente presté atención, porque entreoí algo muy raro. Di la vuelta a la barca y remé rápidamente hacia él. Y es que me dio la sensación de que se dirigía directamente a mí y de que intentaba llamar mi atención repitiendo una frase una y otra vez: «¡Eh, chaval, tengo un mensaje de tu viejo para ti!». Tampoco vi en aquello nada sorprendente. Los estados de agonía previa a la muerte pueden, como es sabido, funcionar como medio de comunicación entre las fuerzas oscuras y nuestro mundo. Se me ocurrió que mi padre había decidido utilizar al ahogado como

altavoz ocasional. Remé hasta el tipo, lo pesqué a duras penas y, arriesgándome a volcar la barca, mantuve su cabeza por encima del nivel del agua y esperé a ver qué me decía. Era un hombre de bigote lacio, de mirada esquiva, y en la fila superior de dientes tenía una corona de oro. Lo sujeté durante largo rato, dispuesto a prestarle oídos, pero se quedó callado como un muerto, hasta que finalmente comprendí, apenado, que la conexión —si es que había existido alguna— ya se había interrumpido y que ya no iba a escuchar nada.

Entonces lo devolví al agua, agarré de nuevo los remos y seguí pensativo mi camino. Pero ya sabía una cosa: era bueno estar cerca de gente que agoniza, porque a través de ellos era posible establecer contacto con mi padre. Y esto fue algo decisivo para el resto de mi vida. Dejé un trabajo bien remunerado (camarero en el hotel Avion) y emprendí el largo camino del samaritano como ordenanza de un hospital (siempre husmeando diligente en torno a las camas de los moribundos).

La segunda vez ocurrió cierto atardecer de un jueves, es decir, justo en el momento en que en el centro de la ciudad sacan de los portales de las casas los cubos de la basura. Iba siguiendo la fila de cubos por la calle Jakubská, cuando atisé a un hombre que acababa de leer una carta, la dobló dos veces, la rompió cuidadosamente y la tiró a uno de aquellos cubos. Sin embargo, en todos sus movimientos había, a pesar de toda su discreción, algo tan peculiar que me quedé allí parado y me giré hacia el escaparate de la charcutería para observarlo reflejado en el cristal. Cuando el hombre se alejó, me dirigí hacia el cubo y, pacientemente, fui pescando todos los fragmentos de aquella carta. Después saqué de mi cartera la bolsita de nailon en la que suelo llevar el almuerzo al trabajo y le di la vuelta para que la posible grasa que pudiera haber no estropeará la carta. Ya en casa esparcí los fragmentos sobre papel de dibujo

y los fui recomponiendo trabajosamente para descubrir que se trataba de una de esas cartas en cadena, tan populares en aquella época. Inmediatamente me llamó la atención en ella esta frase:

«El sacerdote padre M. S. Prudencio, de Río de Janeiro, que copió 12 veces esta carta y la llevó al buzón, fue atacado en el camino de vuelta por 6 terroristas, que quisieron llevárselo de este mundo con varias ráfagas de metralleta, pero entonces a todos se les encasquillaron las armas y el sacerdote sonrió con aire de disculpa».

Y releí esa frase otras 3 veces para reafirmarme así en lo que sabía ya desde la primera: el padre M. S. Prudencio era mi padre, y lo reconocí precisamente por aquella leve sonrisa de disculpa.

Y es que así me lo había imaginado siempre, y con aquella misma sonrisa de disculpa pegada en los labios (y con la guerrera heredada del soldado muerto a tiros) se arrodilló una vez sobre mi madre.

Al día siguiente compré en la cantina del hospital papel de carta amarillo claro con líneas azules, me colé en la habitación de hospital más cercana y coloqué ante mí uno de los biombos para los moribundos para que nadie me interrumpiera. Me subí las mangas de mi bata de ordenanza y escribí en el sobre la siguiente dirección:

Padre M. S. Prudencio
Río de Janeiro
Brasil

Después, por la tarde, llevé la carta a correos. La señorita de la ventanilla en la que franqueé la carta me advirtió, sin embargo, que la dirección estaba incompleta y que en tal caso

correos no me podía garantizar que la carta llegara a manos del destinatario. En el momento en el que me estaba devolviendo el cambio, alcancé a rozar sutilmente con mi dedo índice la arteria de su muñeca y en aquel roce, aparentemente somero, dejé que actuara mi magnetismo animal. Durante los siguientes días ella ya iba detrás de mí como un perrillo faldero, siempre temblando ligeramente. Y así fue cómo empecé a salir con Kamilka, para asegurarme un trato preferente en la entrega de la carta a Brasil. Y esto fue decisivo en mis futuros avatares, porque Kamilka era la humilde hija de un poderoso pez gordo, una Kamilka-Cenicienta, reservada para un príncipe totalmente diferente.

Así que mi padre, según parece, se entrometió *dos veces* en mi vida: eligió para mí la profesión de ordenanza de hospital y me escogió como esposa a Kamilka. Como si me encarrilara desde alguna parte en la infinita lejanía. Y quiero creer que así es.

Pero, ¿se manifestará todavía *una tercera vez*? ¿Y estaré lo bastante alerta y espabilado para darme cuenta a tiempo?

Estoy de pie junto a la ventana y miro hacia la calle. Es ya entrada la noche, y Kamilka se despierta y se incorpora apoyándose sobre los codos. Permanece callada durante largo rato, me observa y después se echa a reír: ¿Estás rezando o qué?